

# Museo de las Lenguas de la Eterna



ROCCO CARBONE  
(compilador)

## Índice

Prólogo	
EDUARDO RINESI.....	9
Idioma del país de los argentinos: lengua y museo	
ROCCO CARBONE.....	17
Ante un museo de la lengua	
HORACIO GONZÁLEZ.....	31
Sobre algunas aventuras y desventuras de los nombres propios	
LISA BLOCK DE BEHAR.....	37
Malas lenguas. Un siglo de escritura salvaje	
ANA OJEDA y ROCCO CARBONE.....	65
¿La gente habla como en las películas? El cine y el lenguaje de los argentinos	
GUSTAVO APREA.....	91
El español de la Argentina y el contacto con las lenguas indígenas	
ALICIA AVELLANA y LAURA M. KORNFELD.....	107
La lengua en cuestión	
MARÍA PIA LÓPEZ.....	135

## Prólogo

EDUARDO RINESI\*

Cómo, pues, un museo de la lengua? Del libro, vaya y pase, puesto que al fin se trata éste de un objeto, de un artefacto cultural no tan distinto, desde cierta perspectiva, de las puntas de las flechas con las que los antiguos habitantes de tal o cual región cazaban ballenas o guanacos o liebres de la Patagonia, o de los sombreros con los que vestían sus testas las damas o los caballeros de este o aquel otro período de nuestra civilización, o de los tenedores gracias a los cuales, si no nos macaneó el gran Norbert Elías, los participantes en los animados banquetes colectivos de la Europa medieval empezaron poco a poco a separarse unos de otros y a convertirse, de esa forma, en individuos. A los libros podemos imaginarlos (a menudo los vemos, en verdad, en muchas partes: en museos, en librerías de viejo y hasta en antiguas bibliotecas familiares o institucionales) detrás de una vitrina o bajo el cristal de una mesa destinada al mismo tiempo a su exhibición y a su resguardo. Objetos frágiles, deben preservarse de la tentación que nos provoca la idea de manipularlos, de tocarlos. *Se mira y no se toca*. ¡Pero los libros están hechos para ser tocados, para que nuestros dedos den vueltas las hojas y nosotros podamos ver el contenido diverso y plural de su interior! Por eso, a veces, las vitrinas en las que se exhiben libros viejos no nos muestran, de un título determinado, un único ejemplar, sino, por ejemplo, dos: uno exhibiendo su portada, otro abierto en

---

\* Rector de la Universidad Nacional de General Sarmiento.

alguna página interior. De ese modo, el libro, que no podemos tocar, nos regala sin embargo por lo menos una de las imágenes internas a las que nuestra libre manipulación, ahora vedada, nos habría dado acceso. Claro que esto no siempre es posible: no siempre la biblioteca o el museo dispone de más de un ejemplar del libro que nos muestra. A veces, inclusive, la gracia del asunto consiste en que el ejemplar que se nos muestra es el único que existe. A veces quien exhibe puede preciarse de mostrar el único ejemplar que existe de un libro del que ha desaparecido cualquier copia. O del que algún monje anónimo y laborioso sólo tuvo tiempo, hace quién sabe cuántos siglos, para transcribir —entre padrenuestro y padrenuestro, antes de que el veneno suministrado arteralmente por algún bibliotecario malicioso le impidiera encarar nuevos trabajos— una única versión. *Único ejemplar del libro de Fulano que sobrevivió al incendio de la ciudad, o de la biblioteca, o de su casa, en 1633*. O que pudo ser preservado de la censura de quién sabe qué tiranía o de la destrucción operada por quién sabe qué ejército invasor. Y entonces, si sólo se cuenta con un ejemplar, ¿cómo habría que mostrarlo? ¿Se deberá exhibir su tapa, se mostrará su portada interna, se abrirá a la altura de alguna ilustración, de algún grabado, o de una página cualquiera? Problemas —supongo— de un museo del libro.

¿Pero “... y de la lengua”? Porque si la misma naturaleza de los libros parece poner en tensión la lógica objetivante que preside siempre la vida de los museos y obligar a diversos artilugios si los mismos quieren contar con esos curiosos artefactos por objetos, con la lengua, que es fenómeno vivo y movedizo, la tensión da la impresión de llegar a un punto de imposible solución. ¿Cómo, pues, un museo de la lengua? ¿No se ha subrayado ya incontables veces la vecindad entre las palabras *museo* y *mausoleo*, no se ha dicho ya hasta el cansancio que entre la idea de museo y la de vida (la de la vida de los hombres, de las cosas, de las sociedades, de las lenguas) hay una contradicción fundamental? Imagino (sé, mejor dicho, porque hemos conversado mucho sobre el tema) que mis amigos Horacio González y María Pia López tuvieron que aguzar su ingenio para imaginar las características que debía tener un museo semejante, que es el precioso Museo del Libro y de la Lengua con que hoy cuenta la Biblioteca Nacional. Que no es por cierto un sitio donde se “exhiban” (¿cómo sería eso, qué cosa es la que podría “exhibirse”?) formas de la lengua o modos del habla del idioma castellano, aunque algo de eso deba haber también —no hay museo sin al menos *cierto tipo* de exhibición, sin la exhibición de

al menos ciertas cosas, ciertos objetos— para que podamos hablar propiamente de un museo. Había un antecedente, claro, en el que Horacio y Pia y sus colaboradores pudieron inspirarse, que es el magnífico Museo de la Lengua Portuguesa de San Pablo, Brasil, que yo mismo conocí gracias a la insistencia de Horacio en que lo hiciera, y que es un prodigio de trabajo conjunto de lingüistas e historiadores y expertos en las artes o las ciencias de la informática y la comunicación interactiva. Lo interactivo, desde luego, se vuelve fundamental en este tipo de museos, y en el que ha construido la Biblioteca Nacional es posible participar, frente a las pantallas de diferentes computadoras, en juegos diversos en los que aprendemos el sonido o el origen o las variaciones de tal o cual palabra, o el modo en que se la pronuncia en distintas regiones del país o el modo en que se la usaba en el cine o en la radio o en la televisión de antaño... Las palabras, el uso de las palabras en las lenguas, tienen una vida en el espacio y en el tiempo, y por eso un museo de la lengua tiene que tener mapas y “líneas del tiempo” y permitirnos entender esa doble vida espacial y temporal de las palabras, las expresiones, incluso los idiomas, y los modos en que esos idiomas se cruzan y contaminan y enriquecen, en esas fronteras que permiten circunscribirlos en la historia y en la geografía, o en los bordes de la estructura social, o en los límites de las instituciones o de las convenciones de una cierta época, con otras variedades del hablar humano.

Así, un museo “del libro y de la lengua” debería poder dar cuenta de la manera en que las lenguas se cristalizan, se objetivan, se endurecen, se mueren en cierto modo entre las páginas —estampadas, como se dice, “de una vez y para siempre”: idénticas para siempre, desde el momento en que son escupidas por la imprenta, a sí mismas— de los libros, y también de la manera en que las lenguas se renuevan, cambian, se desestabilizan y se agitan en el devenir de su propia historia, de su propio “ser habladas” por los hombres. Por eso es interesante que la iniciativa de construir y poner a funcionar un museo del libro y de la lengua haya surgido en la Argentina de una Biblioteca, de la mayor biblioteca del país, de la Biblioteca Nacional, que de esa manera suma a la tarea de resguardar el gran tesoro bibliográfico y documental de la nación, y a la también decisiva misión de poner ese tesoro en contacto vital con nuevas capas de lectores (sin esta segunda preocupación, la primera no pasaría de ser una inquietud meramente conservacionista, un apostolado más o menos maniático, un empeño caprichosamente retentivo), la preocupación por examinar los

modos en que cambia todo el tiempo (en que ha cambiado en el pasado, en que sigue cambiando permanentemente) la lengua misma en la que está forjado ese tesoro de libros, de revistas y de documentos, la lengua en la que se escriben hoy y en la que se seguirán escribiendo en los años por venir los textos que continuarán llegando a los anaqueles de esa Biblioteca como parte del movimiento vivo de la historia del país. La creación del Museo del Libro y de la Lengua se suma de este modo al vasto conjunto de iniciativas que (ciertamente que de modo muy notorio desde el inicio de la gestión de Horacio González al frente de la Biblioteca Nacional) han hecho de esta vieja institución de la vida pública argentina, cuya fundación se confunde con el nacimiento mismo de la patria, una fuerza decisiva del latido interno de la cultura nacional. Ubico en un lugar de privilegio entre estas iniciativas la decisión de dar nuevamente a la publicación (a veces después de décadas, o aun de siglos) libros, revistas y periódicos que son fundamentales para la comprensión de la historia de la cultura, la política y la literatura del país, o que, no siéndolo necesariamente, no habrían tenido ninguna posibilidad de salir a la luz pública en editoriales de vocación más comercial o de menor interés por contribuir a alimentar con la difusión de esas piezas del gran patrimonio literario del país las necesarias discusiones del presente. Pongo también en un lugar central entre estas decisiones la de volver a editar la revista que antes que González habían dirigido Paul Groussac y Jorge Luis Borges: *La Biblioteca*, cuyas páginas se han vuelto sede, desde hace varios años (posiblemente más todavía que lo que lo hayan sido nunca bajo sus dos gloriosas direcciones anteriores), de debates públicos importantes y extraordinariamente plurales.

En esta misma dirección quiero ubicar un hecho que considero de los más relevantes producido por González durante los años de su dirección de la Biblioteca Nacional. Me refiero a su redacción y publicación, a través del sello editorial de la propia Biblioteca, de una fundamental *Historia de la Biblioteca Nacional*, sin duda la más importante, la más completa y la más sutil que se haya escrito hasta el momento, que no debe pensarse solamente como uno de los grandes libros escritos por González (esto también es, desde ya), sino también, y acaso sobre todo, como un testimonio de un modo de conducir una institución fundamental de la cultura y de la política argentinas como lo es la Biblioteca Nacional *reflexionando al mismo tiempo sobre la historia de esa institución y de su manera de operar sobre (y de verse al mismo tiempo transformada por) los movimientos de esa cultura*

y de esa política argentinas en relación con las cuales debe pensarse. Como un testimonio de un modo de conducir la Biblioteca Nacional sin escindir los aspectos, digamos, “administrativos”, oficinescos y eventualmente rutinarios de ese *métier* del ejercicio de la reflexión crítica, de la introspección lúcida y atenta sobre las tareas que a lo largo del tiempo ha cumplido en la vida cultural y política de la nación –y sobre las que debe cumplir en esta hora– la institución que se conduce. Considero la *Historia de la Biblioteca Nacional* uno de los libros mayores de González, acaso al lado de su gran *Perón*, del que de algún modo constituye el complemento. Pero lo que aquí quiero decir es otra cosa: lo que aquí quiero decir es que considero a ese libro, además, una expresión extraordinaria de lo que se me presenta como una forma superior y especialmente valorable del compromiso intelectual. Que no es apenas la disposición a asumir en cierto momento de nuestras biografías tal o cual tarea que acaso nos aleje durante algún tiempo de la tranquilidad de nuestras lecturas o del fruición de nuestras clases, sino la determinación de hacerlo sin hacer retroceder en nuestra inclinación el espíritu crítico, la actitud lúcida, el ánimo introspectivo, la vocación reflexiva que ahora como antes debe animar nuestras intervenciones. Y que es la que se encuentra en la *Historia de la Biblioteca Nacional*. Que no es un simple anecdotario de sucesos ocurridos en esa institución en el pasado, ni un mero listado de los nombres de los funcionarios que se ocuparon de su administración: es una mirada, orientada por las preocupaciones, las angustias y los desafíos del presente, sobre los modos en los que a lo largo de dos siglos de historia se han pensado en esa institución fundamental, o en relación con esa institución fundamental, los grandes problemas de la cultura nacional que hoy nos solicitan. A la decisión y a la capacidad de sostener, en medio del trajín de lo que a veces llamamos “la gestión”, esa mirada, es a lo que aquí estoy llamando, con reconocimiento y con admiración, compromiso intelectual.

Dije (escribí) “dos siglos”. Los aniversarios constituyen un estímulo frecuente para nuestras reflexiones sobre lo que cambia de las cosas en el tiempo, y si se configuran con números más o menos redondos ese estímulo tiende a agigantarse. Fue así que hace ya unos años, un poco antes de los festejos del Bicentenario que enmarcaron y pretextaron la publicación de la *Historia...* a la que me acabo de referir, cuando el país se preparaba para cumplir, mucho más módicamente, un cuarto de siglo del inicio del ciclo político que se había abierto en 1983, concebimos con Horacio y con otros

compañeros de la Biblioteca Nacional la idea de celebrar esos 25 años, no –de acuerdo a lo que habría sido un festejo más o menos convencional y prudente– con un libro conmemorativo, sino... con 25. Con 25 libros que, escritos en su enorme mayoría por investigadores de nuestra propia Universidad, y editados conjuntamente por las dos instituciones, consideraran los cambios que se habían producido en el país en otros tantos campos muy diversos: la economía, la escuela, las luchas sociales, los modos del lenguaje, los estilos de la televisión, las vidas de los jóvenes, el mundo del trabajo... La colección “25 años, 25 libros” se convirtió de esta manera en el primer resultado de una desde entonces permanente colaboración entre la UNGS y la Biblioteca Nacional, a partir de la cual siguieron después varias otras líneas de trabajo compartido que intentamos extender y profundizar. En ese marco más general quiero entonces inscribir el acuerdo que hemos suscripto ahora con la Biblioteca Nacional, y que de manera particular compromete a su recién creado Museo del Libro y de la Lengua, con dos propósitos principales: uno, el de favorecer la colaboración que pudo prestar en la instalación de algunos de los dispositivos del Museo un equipo de lingüistas del Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad que nos alegra mucho que haya podido dar una mano en una tarea tan importante; otro, el de construir y equipar, en las instalaciones de *nuestra* propia Biblioteca, en el *campus* de la UNGS en Los Polvorines, una sala que nos permita recrear, siquiera parcialmente, algunas de las posibilidades expositivas, educativas e incluso lúdicas que ha logrado desarrollar aquel Museo. Quiero entonces destacar, por un lado, la satisfacción que nos produce que un grupo de expertos de nuestra Universidad haya podido colaborar con las autoridades del Museo del Libro y de la Lengua de la Biblioteca Nacional, y agradecer, por otro lado, el fuerte apoyo que hemos recibido de esas mismas autoridades, y en general de los equipos de ese Museo, en la construcción, diseño y equipamiento de la sala (que lo es al mismo tiempo, entonces, de ese Museo y de nuestra Universidad, de la Biblioteca Nacional y de nuestra propia Biblioteca) que tenemos ahora en nuestras instalaciones. En todo este proceso, ha sido fundamental el trabajo y el entusiasmo de la Dra. Laura Kornfeld, investigadora docente de la UNGS, a quien hemos pedido que asuma la dirección del museo que de esta manera –coincidiendo con la aparición de este volumen– inauguramos en la Universidad.

Que no es, por cierto, el primer museo con que cuenta nuestra Universidad. De hecho, la UNGS puede estar muy orgullosa, también, de su

Museo Interactivo de Ciencias “Imaginario”, que forma parte de su Centro Cultural, emplazado en un antiguo edificio en el centro de la localidad de San Miguel, y que desde hace años ofrece al público en general, y sobre todo a un amplio público de estudiantes y profesores de las escuelas de su zona de referencia, un servicio de visitas guiadas, actividades educativas y tareas de promoción del interés por la ciencia y la tecnología. No sólo eso: forma parte de las tareas que realiza el personal del Museo Interactivo de Ciencias de la UNGS la realización de periódicas “mateadas científicas”, que –como su nombre indica, o al menos, telúricamente, sugiere– son reuniones más o menos informales de divulgación de las tareas investigativas de nuestros académicos de las más diversas áreas, realizadas con las más altas exigencias expositivas pero en un lenguaje adecuado a un público no experto. Con un agregado que vale la pena destacar, y que es que desde hace varios años los responsables de esa actividad se han dedicado a compilar las exposiciones realizadas en el marco de ese ciclo de “mateadas”, y a editarlas después en la forma de libros de muy cuidada factura y muy bonito aspecto, que ya forman una serie: la “serie” de las *Mateadas Científicas I, II y III*, que es un gran apoyo para la Universidad en la tarea de difusión de la ciencia en la que está comprometida. Pues bien: con el mismo espíritu hemos pensado, ahora que inauguramos el Museo de la Lengua de la UNGS, que este nuevo museo de la Universidad debía nacer acompañado por este primer libro de una serie que, análogamente a la que acabo de comentar, vaya después como escoltando la vida y la actividad de la nueva sala, ayude a difundir la tarea que la misma se propone desplegar y permita enriquecerla con el resultado de investigaciones académicas, ensayos críticos y aportes de diverso tipo sobre el movimiento vital de nuestra lengua. De manera que iniciamos con este volumen una nueva serie de publicaciones de la Universidad, que involucrará el esfuerzo compartido del personal de nuestra Biblioteca (muchas gracias a su directora, María Eugenia Leiva), de nuestro Centro Cultural (muchas gracias a su director, Lucas Rozenmacher) y de las áreas académicas y los grupos de investigación ocupados en el estudio de la lengua y de sus evoluciones.

Quiero agradecer especialmente a Rocco Carbone su trabajo en la preparación y organización de este primer volumen de esta serie. Investigador-docente del Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad, ensayista y académico notable, autor de una tesis poderosísima y original sobre la obra de Roberto Arlt, así como de una cantidad de otros escritos

sumamente relevantes sobre literatura argentina y latinoamericana, editor prolífico y traductor avezado, delicado orfebre de una lengua de la que a esta altura nadie podría decir que no sea ya, cabalmente, la suya, y a la que no deja de vestir con todo tipo de modismos en los que se reconoce a veces (muy pocas) la influencia de su idioma materno, y muchas otras el ascendiente de los autores a los que, como a su maestro David Viñas, ha devorado con fervor, estudioso de los fenómenos de la lengua popular y de la de los medios masivos de comunicación, tanto como –según lo revela entre otras cosas el artículo que escribe aquí con Ana Ojeda– de las formas menores, bastardas o malditas del habla popular o de la escritura literaria, el Dr. Carbone ha tenido una participación decisiva en la prehistoria de este nuevo museo de la UNGS, y me alegra mucho que pueda acompañar ahora, de este modo, su puesta en funcionamiento. La idea misma de este museo, y la de inaugurar al mismo tiempo una serie de libros que lo complementara, le debe mucho, desde que empezamos a conversar con él sobre el asunto durante los meses en los que nos acompañó como un muy activo, entusiasta y dedicado Director del Centro Cultural de la Universidad, al inicio de nuestra gestión. Que podamos seguir trabajando juntos en proyectos como éste es para mí, por muchas razones, una gran alegría. En este caso, el trabajo de Rocco consistió en dar forma y unidad a este volumen colectivo a partir de los aportes de un conjunto de amigos y colegas muy valiosos que nos acompañan en este primer libro de esta nueva serie, y entre quienes quiero mencionar especialmente (porque varios otros ya han sido aludidos en estas páginas de presentación muy general) a Gustavo Aprea, investigador-docente de la Universidad, erudito y refinado pensador de los fenómenos de la comunicación y del arte de masas, y a Lisa Block de Behar, querida amiga y admirada colega de la otra orilla de nuestro Río de la Plata, que ya en otras oportunidades ha favorecido con sus aportes el desarrollo de distintos proyectos o emprendimientos de nuestra Universidad. Es muy bueno saber que contamos otra vez con ella en esta nueva aventura a la que ahora nos lanzamos: la puesta en funcionamiento, como parte de nuestro convenio con la Biblioteca Nacional, de nuestro propio Museo de la Lengua, y la decisión de acompañar las tareas de este joven museo a través de la edición de la nueva serie de libros de la Universidad que inauguramos con este volumen.

Los Cuadernos de la Lengua prolongan, profundizan y dan a conocer el cometido y las tareas del Museo de la Lengua de la Universidad Nacional de General Sarmiento.

No deja de haber una tensión entre lo que menta la idea de museo y el movimiento vivo de la lengua de un pueblo o de un país. Bajo los auspicios de un título ostensiblemente macedoniano, los distintos trabajos que componen este libro reflexionan sobre esa tensión y sobre ese movimiento, tratando de penetrar en las relaciones, siempre problemáticas, entre la lengua hablada y la lengua escrita, entre las lenguas altas y las bajas, entre la lengua de la conquista y las que, conquistadas, continúan su trabajo y la infiltran y la empapan y la modifican y la habitan. Entre la vigilia de la lengua de las instituciones y los sueños de la lengua de la emancipación. Pero también entre la vigilia de la lengua corriente del trabajo y de la calle y los sueños de celuloide que forjaron la sensibilidad estética de un siglo. Y entre los hombres y los nombres, también: problema filosófico, mítico, bíblico y literario, que entre nosotros remite ineludiblemente a Borges y que aquí es retomado con particular sensibilidad y erudición.

Universidad Nacional  
de General Sarmiento



BIBLIOTECA  
NACIONAL



MUSEO DEL LIBRO  
Y DE LA LENGUA

